

## CAPITULO XXXVII.

(1866)

Fuerzas imperialistas.—Tengüecho.—Sorpresa de San Vicente.—Episodios.—El Lic. Francisco W. González.—Extrema situación del ejército republicano.—Contraaguerrillas.—Velasco y San Martín.—Salvoconducto de Riva Palacio.—Victoria y derrota del teniente coronel Juan de Dios Rodríguez.—El comandante Villanueva.—Coeneo, Zacapu y Quiroga.—D. Justo Mendoza, Gobernador de Michoacán.—Expedición de Méndez á Huetamo.—Régules en las Balsas.—La Simona.—Reocupación de Apatzingán por Villada.—Campana en Zitácuaro.—Eguiluz y los franceses.—Combate del 5 de Mayo.—Acción de Iziapo.—Los hermanos González.—Arias en Zacapu.—Un retrato, hecho por Manuel Ocaranza.—Un discurso cívico.—¡Libertad! y cárcel.

La resonancia que tuvo en la República la batalla de la Magdalena, y las repetidas súplicas de Maximiliano á Bazaine para que enviara á Michoacán el mayor número posible de soldados franceses, á fin de que lograsen la completa pacificación de aquel país, determinaron al mariscal á hacer que el general Aymard, con el 51 de línea, tres compañías de cazadores de á pie y dos escuadrones de cazadores de Africa, se moviese de León para Michoacán, entrando desde luego á Zamora. El coronel Clinchant, con su batallón de zuavos, se dirigió de Querétaro á Pátzcuaro, y de México salió el batallón de tiradores argelinos que fué á reforzar al contraaguerrillero Clary que expedicionaba en Zitácuaro. El coronel Doroteo Vera Quintana, procedente de Colima, llegó á la cabeza de una brigada de más de mil hombres. El general D. Carlos Valenzuela, nombrado comandante militar del departamento de Tancítaro, ocupó, si bien por pocos días, la villa de



LIC. JUSTO MENDOZA — 1867.

Los Reyes. El general Rosas Landa, designado como jefe superior de las armas en Michoacán, hizo su entrada en Morelia á las doce y media del día 5 de Marzo. Este era el premio que el imperio daba al general Méndez por su difícil triunfo de la Magdalena.

Empero Méndez, apoyado por el partido clerical de Morelia y de México, marchó en un viaje rápido y corto á esta capital, volviendo de ella con su anterior investidura de comandante superior de Michoacán. A su regreso trajo consigo las contraguerrillas de Toluca y una fuerza denominada "del Valle de México."

Se ve por esto que, después de la batalla de la Magdalena, las tropas del imperio que expedicionaban de ordinario sobre el Ejército del Centro, se vieron en la necesidad de entrar en reposo por algunos días, en la de reponerse y aumentar su efectivo, y sobre todo en la de llamar en su ayuda á una gran parte del ejército francés.

En estas circunstancias fué cuando el general Régules, llevado de su valor é impetuosidad, tomó de nuevo la iniciativa y penetró en medio de tan numerosos enemigos, los que, por fortuna, cometieron la torpeza de no apresurarse á ocupar los puntos que aquel jefe dejó descubiertos y abandonados.

Régules salió de Uruapan, como llevo dicho, el día 6 de Marzo, haciendo una marcha sinuosa hasta La Piedad; el 11 pasaba el río Lérma por el vado de la Concepción y penetraba en el Oriente del Estado de Jalisco, con el objeto, según entonces se dijo, de proteger el pronunciamiento de un tal Camilo Murillo con una fuerza de la guarnición de La Barca, pronunciamiento que no se verificó y que, descubierto más tarde, condujo á Murillo al patíbulo de orden de Velarde (Burro de Oro). El general tuvo noticia entonces de que Aymard, con dos columnas, se movía sobre él; en consecuencia se vió obligado á retroceder, volvió á pasar el río y se dirigió á San Simón. En esta hacienda, uno de los comandantes de Simón Gutiérrez raptó violentamente á una joven, hiriendo y maltratando á un anciano, padre de ella. Al tener noticia de este crimen, el general Régules detuvo la columna en el llano de Chavinda, á fin de que el ofendido identificase al cul-

pable, verificado lo cual, aquel jefe mandó formar el cuadro y que se fusilase en el acto al raptor. Como Simón Gutiérrez se presentara á interceder por el reo, casi con exigencia, Régules le dijo indignado que si insistía, también sabía fusilar coroneles. Refiero este hecho de justicia sumaria para que se conozca el carácter de las personas y el de aquella situación.

El ejército se dirigió á Jiquilpan, en donde se dió un día de descanso á la tropa.

De Jiquilpan, el general Régules, con el objeto de desviar al enemigo, afectó un movimiento retrógrado, y haciendo una marcha forzada, llegó el 17 en la noche á un cuarto de legua distante de la rancharía de Tengüecho, en donde acampó, en medio de la espesa serranía de Patamban.

En el mismo día salió Aymard de Zamora, á las cinco de la tarde, á la cabeza de su columna. Ya obscura la noche, cerca del pueblo de Patamban, sus exploradores le avisaron que se escuchaba el ruido de pasos de la tropa de Régules. El francés dió orden de que los suyos caminaran con el mayor silencio y muy lentamente. Los espías le avisaron luego que Régules había acampado, y en efecto, á poco se vieron las luminarias. Sería media noche: Aymard tomó posiciones recomendando que no se hiciese ruido. Era su objeto esperar la aparición del alba para librar el ataque; pero á eso de las tres y media de la mañana se dió en el campamento republicano el toque de levante. El enemigo iba á escapársele: las fogatas estaban próximas á extinguirse. Entonces Aymard ordenó la carga, que se dió brusca, terrible, por soldados que parecían invisibles, sólo interrumpida la profunda obscuridad por los fogonazos de los disparos. No hubo resistencia: los infantes arrojaron sus fusiles; los dragones, á pie, sin coger sus lanzas, huyeron todos acometidos de un pánico invencible, en medio de la más horrorosa confusión. Los franceses quedaron dueños del campo.

En los momentos de la sorpresa el general Régules estuvo á punto de caer prisionero. Ya lo tenían asido de las manos unos soldados del 51 de línea, cuando el teniente coronel Eduardo Devaux les habló en francés, diciéndoles que más adelante estaban las cargas y en ellas la caja del dinero. En-

tonces, creyendo que quien les dirigía la palabra era uno de sus jefes, dejaron la presa y corrieron á apoderarse del botín.

“Cuando amaneció, el terreno estaba cubierto de armas, abandonadas las cargas, y más de novecientos caballos, casi todos ensillados, corrían espantados en todas direcciones: los franceses recogieron ciento treinta y cinco, cuarenta y cinco mulas, cuatrocientos veinte fusiles, un número corto de mosquetes, doscientas cincuenta y nueve lanzas y 6,875 cartuchos. Hicieron veintisiete prisioneros y veintiseis muertos; entre éstos el valiente coronel Hilario Servín de la Mora, cuya pérdida fué sentida por todos en las filas liberales.”<sup>1</sup>

Tal fué la horrible jornada que los nuestros llamaban con terror: *el-tengüechazo!*

Desde el general en jefe hasta el último soldado, todos huyeron á pie. El ejército se desbandó. Solamente Garnica y una gran parte de los suyos se salvaron á caballo, tomando á todo escape el rumbo de Coeneo.

El mismo día 18 comenzaron á entrar en Uruapan algunos oficiales dispersos que apenas podían arrastrar los pies, hinchados y sangrando, después de haber hecho más de veinte leguas de camino. En la misma situación llegó Régules con algunos de sus ayudantes, en la mañana del 19. No se detuvieron en la ciudad porque había en todas partes una alarma espantosa: se creía que el enemigo marchaba sobre ellos por distintos puntos. Ni se atrevieron siquiera á irse reunidos, sino que en grupos tomaron distintas direcciones. Régules, con sus compañeros, siguió el rumbo de Charapendó para ir al Tejamanil y luego rápidamente á Tacámbaro, Turicato y San Antonio de las Huertas, en donde se le incorporaron Topete y Tirado, únicos que en aquella vez lograron recoger dispersos.

Por el camino de Taretan marcharon á las órdenes del coronel Eguiluz los de igual grado Pedro Moreno y León Ugalde, los tenientes coroneles Francisco Limón y Germán Con-

<sup>1</sup> La enumeración del botín es la que consta en el parte oficial del jefe francés; pero la verdad es que en Zamora, el barón Aymard obligó al vecindario á que le comprara más de trescientos caballos flacos, más de cien mulas, como trescientos sombreros, sillas de montar, etc.—*Oh, l'affaire de Tengüecho!*

treras, comandantes Genaro Román, Lorenzo Contreras, Vicente San Martín y Juan Mújica, capitanes Rivera, Suárez y Mendoza, veinte oficiales, un sargento y algunos asistentes, sin más armas que una pistola que traía Eguiluz y otra un hijo de Ugalde. Ese día (20) llegaron en la mañana á Taretan, en donde el comandante militar de la plaza coronel Francisco Landa, les proporcionó un peso á cada uno. Ya tarde continuaron su viaje, y á las once de la noche llegaron á la hacienda de San Vicente del distrito de Ario. Eguiluz, tomando providencias de seguridad, solicitó exploradores, que no le fueron proporcionados sino media hora después.

Sabedor desde antes el contraguerrillero Alatorre, que permanecía oculto en las huertas de plátanos de Taretan, de la derrota de Tengüecho, sin pérdida de momento la avisó á Pátzcuaro, solicitando el auxilio de José María Orozco y de Pureco, y ya reunidas las tres guerrillas se dirigieron por la hacienda de Tomendan, en persecución de Eguiluz y de los suyos, á quienes se suponía escoltando á Régules. Lograron sorprender á los republicanos en la referida hacienda de San Vicente, salvándose éstos á pie y descalzos por entre los cañaverales, y cayendo prisioneros el comandante Juan Mújica, de la fuerza de Pachuca, y nueve individuos más de la clase de tropa.

Mújica fué fusilado en el acto junto al corredor de la casa, y luego lo fueron en Pátzcuaro cuatro de los prisioneros, entre ellos el sargento Amado Uriega, que había sido clarín de Nicolás Romero.

Hubo dos episodios. Al transportar los peones de la hacienda el cuerpo de Mújica, notaron que aún respiraba, y entonces lo llevaron más lejos de donde se les había mandado, le hicieron en un paraje oculto una especie de tienda de campaña y lo estuvieron curando varios días, hasta que, restablecido, pudo ir en busca de sus camaradas.

El comandante Genaro Román, que al ir huyendo descalzo por la tronconera de un cañaveral recién quemado, se había herido los pies, no pudo ya seguir á los demás fugitivos, á quienes manifestó que lo dejasen solo, pues que estaba resignado á morir. Entonces el comandante Francisco Javier Suárez

le contestó que no lo abandonaría en el peligro; y en efecto, echándose áuestas, siguió corriendo hasta que ambos se salvaron. Terminada en Tacámbaro tan dolorosa peregrinación, Eguiluz, con varios de sus oficiales, y por orden del general Régules, marchó al distrito de Zitácuaro, para donde había sido nombrado comandante de la línea el coronel Germán Contreras, émulo de Darío Alzati.

El día en que se supo en Tacámbaro la noticia de la derrota de Tengüecho llegó á aquella ciudad, procedente de la de Morelia, el Lic. Francisco W. González, llamado por el general Régules para encargarle la Secretaría del despacho del Cuartel General, pues, como ya he dicho, D. Justo Mendoza iba á ser nombrado Gobernador de Michoacán. González, de antiguos y limpios servicios en favor de la causa liberal, es hombre de ideas firmes, de patriotismo intachable, de reconocida honradez, enérgico, inteligente y práctico en los negocios. Su nombramiento fué bueno; desgraciadamente llegó al lado del general Régules cuando el ejército acababa de ser deshecho é íbamos á perder, en consecuencia, la zona hospitalaria que se extiende desde Tacámbaro hasta Uruapan, como antemural de la tierra caliente, que era para nosotros lo que el suelo para el Anteo de la mitología griega. Sin embargo, puede asegurarse que á González, con su oportuna iniciativa, se debió en parte el mantenimiento en nuestro favor de la opinión pública, y el saludable ejercicio administrativo que levantó más tarde al ejército.

Las fuerzas imperialistas entraron en inusitada actividad después de la sorpresa de Tengüecho, para lo cual les sirvió eficazmente la llegada de las nuevas tropas, francesas y mexicanas, de que he hecho mención. Gracias á este contingente, se organizaron columnas expedicionarias y se establecieron guarniciones en Puruándiro, Los Reyes, Ario, Taretan y Uruapan. A esta última ciudad llegó el barón Aymard el día 25 de Marzo para dejar allí una guarnición como de quinientos hombres al mando del teniente coronel Luis Madrigal.

Una vez situadas en los puntos respectivos estas guarniciones, los contraguerrilleros del imperio pudieron hacer fáciles

y seguras correrías al interior de la tierra caliente. El *manco* Espinosa desplegó el terror é infundió el pánico en el distrito de Apatzingán; Alatorre se desprendía de Taretan sobre el Tejamanil; Pureco avanzaba hasta la Huacana y José María Orozco hacía frecuentes entradas en Tacámbaro; el más cruel de todos, el Ranchero, se paseaba arrogante en la línea de Zitácuaro.

Méndez salió el día 23 de Morelia y llegó á Ario el 25. En esa misma noche envió al coronel Santa Cruz, para que con una columna de quinientos hombres cayese de sorpresa á Tacámbaro en la mañana del siguiente día, lo que verificó el jefe español logrando apoderarse del coronel Juan Velasco en una ranchería inmediata, y del teniente coronel Vicente San Martín, á éste por habérsele caído su caballo en el camino de Chupio, al ir huyendo de los guerrilleros imperialistas. Santa Cruz encapilló en el acto á los prisioneros, no obstante que no habían sido cogidos en acción de guerra ni mandando fuerza alguna, pues entonces no la había en Tacámbaro.

Los vecinos de la ciudad, presididos por D. Vicente Rionda, á quienes prestó un poderoso auxilio con su influencia el coronel Farquet, jefe de la infantería que iba en la columna enemiga, consiguieron de Santa Cruz que suspendiese la ejecución, poniendo los presos á disposición de Méndez. Este se hallaba expedicionando por la Huacana, de donde regresó á Ario el día 1º de Abril. Inmediatamente se le presentó una comisión de vecinos pidiendo gracia para los prisioneros, ofreciéndoles Méndez en tono irónico que al día siguiente, al marchar, les entregaría los cadáveres.

El 3, cuando ya estaba formado el cuadro, un ayudante de Méndez, con una escolta, condujo á los prisioneros á la presencia de aquel jefe, quien les dijo que estaba dispuesto á perdonarles siempre que ofrecieran, bajo su palabra de honor, contraer algún compromiso con el imperio. En el acto contestó Velasco que el compromiso contraído por un prisionero no podía ser válido, y que estaba dispuesto á correr la suerte que le depararan los azares de la guerra. San Martín reiteró por su parte esta manifestación, y entonces Méndez les dijo que quedaban en absoluta libertad, porque no era justo

que mientras el emperador exceptuaba de la ley de 3 de Octubre á Riva Palacio, que era un jefe principal, á él le impusiera la obligación de fusilar á los subalternos.

Así pues, á un raptó de mal humor y de despecho de Méndez debieron los prisioneros su salvación. Poco duró el enojo de aquél contra el emperador, pues después siguió fusilando á cuantos caían en sus manos.

Daré alguna mayor explicación acerca de la excepción decretada en favor de Riva Palacio.

En carta que el jefe del Gabinete militar de Maximiliano dirigió al mariscal Bazaine el 16 de Noviembre de 1865, le decía "que en el caso de que se apoderara de Vicente Riva Palacio, fuera éste conducido á México," y agregaba: "Es la única excepción que se propone hacer S. M., por motivos especiales, al decreto de 3 de Octubre." Esos motivos especiales los determinaba la necesidad de reconocer como beligerante al jefe republicano, con quien se pactaba el canje de los belgas.

Llama mucho la atención que Méndez recibiera con tanto retardo la orden, que le fué entregada en Ario hasta el 1º de Abril, cuatro meses después de dictada.

Tal era de bonancible para el imperio la situación de Michoacán al concluir el mes de Marzo de 1866.

Los partidarios de Maximiliano saboreaban la ilusión de que Michoacán estaba á punto de quedar completamente pacificado.

El día 28 del mismo mes de Marzo, una columna de traidores á las órdenes del teniente coronel Juan de Dios Rodríguez, batió en el llano de la Palma, á inmediaciones de Coeneo, á la fuerza de Ronda, la que, por enfermedad de este jefe, estaba ese día mandada por el comandante Manuel Barbosa. Veamos cómo sucedió este percance y las consecuencias que tuvo.

Rodríguez estaba en Coeneo con una columna de trescientos infantes y cien caballos. En la noche del 27 supo que el regimiento de Ronda, con la caballada hecha pedazos en una jornada vencida desde Penjamillo, había llegado al rancho de

la Palma: en el acto dispuso su fuerza para ir á sorprender á los chinacos; y en efecto, antes de las cinco de la mañana cayó sobre ellos tan inopinadamente, que no tuvieron tiempo más que para correr, dejando en poder del enemigo algunas armas y caballos y diez prisioneros, que Rodríguez fusiló en la misma mañana en Coeneo, desde donde dirigió un parte rumboso al comandante militar de Morelia, avisándole su espléndida victoria.

Pero es el caso que los soldados de Ronda, todos voluntarios, se reunieron inmediatamente y dieron aviso de su derrota al mismo Ronda, á Garnica, á Arias, Rangel y á D. Antonio Huerta, que se hallaban, no lejos, en sus ranchos. Estos jefes, en el mismo momento, convocaron á sus soldados, que gozaban de un corto descanso en las rancherías de aquel terreno. En menos de seis horas, Ronda, Huerta y los tres Rafaelés (Arias, Garnica y Rangel), estaban á la cabeza de doscientos hombres, incluso los derrotados, y se lanzaron sobre Coeneo. Rodríguez salió con toda su fuerza y se encontró con ellos en el llano de Cótiro. Los jefes republicanos dejaron á la tropa de Ronda posesionada de un punto conveniente para que al menos sirviese de reserva, puesto que, como se recordará, la caballada estaba inservible. Entonces, formando un grupo de ochenta hombres escogidos, de oficiales, sargentos y los mejores soldados, y divididos en secciones que mandaban personalmente Ronda, Garnica, Huerta, Arias, Rangel, Rosendo Márquez y Víctor González, se arrojaron como leones sobre los imperialistas: el combate fué rudo y sangriento y duró desde las cuatro hasta las cinco de la tarde, peleándose por ambas partes con toda decisión. En medio de la refriega, Huerta, que hizo prodigios de valentía, hirió mortalmente al segundo jefe de la columna imperialista, y Rangel hundió su lanza en una nalga á Juan de Dios Rodríguez. Los imperialistas, en completa desorganización, huyeron á todo escape hasta Quiroga, dejando en el campo veinte muertos, más de treinta caballos y muchas armas.

De esta segunda acción no dió parte Rodríguez ó no la publicaron los periódicos del imperio, según su costumbre de no hacer mención de los triunfos obtenidos por los republicanos.

Mientras Méndez hizo su viaje expresado á México, el coronel Farquet lo substituyó en el mando de la brigada. El día 26 caminaba esa fuerza de Morelia á Pátzcuaro, y desde Fontezuelas desprendió el jefe al 4º regimiento de caballería, dando orden á su coronel Santa Cruz de que á todo correr marchase á Quiroga y sorprendiera allí al comandante Jesús Villanueva, que mandaba un piquete de infantería. Santa Cruz llegó á Quiroga, pero no con tal premura que pudiera apoderarse de los chinacos, logrando Villanueva salirse con los cincuenta hombres que tenía á sus órdenes, para lo que fué preciso abrirse paso entre ellos á bayoneta calada. Se situó á orillas de la población, parapetándose en una cerca, y Santa Cruz, diciendo en Quiroga que iba á traer amarrados á los bandidos, llegó á corta distancia de ellos, los miró, y fué sin decir nada. Dió sin embargo parte de haberles hecho once muertos, cuatro heridos y veinte prisioneros.

Como durante algunos meses después de lo de Tengüecho el fuego de la independencia sólo se conservó en la zona que comprende á Quiroga, Coeneo y Zacapu, voy á decir unas cuantas palabras acerca de aquellos pueblos y de los antiguos jefes de Ayutla que entonces hacían la campaña en aquel terreno.

Quiroga es una población muy simpática, situada en la ribera Noreste del lago de Pátzcuaro, al pie de la inmensa montaña del Zirate. Excepto por el lado de la laguna, por los demás está rodeada de bosques profundos y posee buenos y numerosos caminos á los bordes del lago y por entre la sierra. Sus habitantes han sido siempre patriotas é ilustrados y las familias distinguidas por su trato y sus virtudes. La población existía antes de la conquista y fué conocida con el nombre de Cocupao, hasta que por decreto de 6 de Septiembre de 1852, el Gobernador del Estado, D. Melchor Ocampo, le dió el título de Villa de *Quiroga*, en recuerdo del primer obispo de Michoacán D. Vasco de Quiroga. Entre los vecinos notables que, por sus servicios á la causa liberal desde Ayutla hasta la guerra de intervención, son dignos de mención honorífica, recordaré á los Sres. Francisco y Primo Serranía,